CONTAR NIÑOS

No deja de tener algo de extemporáneo que un filósofo haya sido invitado a escribir esta nota en una revista especializada en estadística y en un número monográfico sobre la infancia. En otros lugares ya he escrito sobre la, en ocasiones, paradójica, casi siempre problemática y, en cualquier caso, injusta relación que los pensadores tenidos por filósofos han manifestado con los niños y con su propia infancia. Honrosa excepción a esta lista hace Sócrates, el ateniense, que hasta se atreve a dialogar con un niño tal como nos cuenta el diálogo *Lisis* y, quizá, podamos añadir a su nómina la figura de Agustín de Hipona que dedica algunas de sus más hermosas páginas a contarnos, con asombrosa capacidad reflexiva, algunas de las vivencias de su infancia más lejana. Si con la infancia los filósofos han sido desdeñosos, con los números se han llevado mucho mejor. Siempre hemos añorado en ellos, con ingenuidad algo infantil, el ideal de objetividad, estabilidad y eternidad que ninguna de las precarias verdades que creemos saber nos ofrece. De los números amados por los filósofos a la estadística hay un trecho, pues el desdén filosófico hacia la infancia es casi compasivo al lado de la cruel displicencia con la que suelen tratar las correlaciones, variantes, efectos del tamaño y muestras del universo matemático-estadístico. Este filósofo que aquí escribe, sin embargo, lo va a hacer de niños y de números, de niños y estadísticas.

Contar es una acción elemental, origen corporal de las cifras y *locus* antropológico de toda posible aritmética. Un acto elemental que aprenden bien pronto los niños: *"una, dos y... tres"*. Contamos como modo de reducir el mundo a una secuencia definitiva y también de ajustarlo a nuestro cuerpo y a nuestra escala. Nos inventamos sistemas para multiplicar hasta el infinito nuestros diez dedos, que se quedan siempre cortos para contar ovejas, estrellas, galaxias y niños. "Uno, dos y... tres" como el tiempo que resta antes de la acción, una vez que el tres se ha dicho ya no queda otra que salir corriendo o que ponerse a la tarea. *"Uno, dos y tres"* que en la antigua Babilonia se decía *"Abradakadabra"*, hoy palabras de juegos de niños, antaño mágico sortilegio para el mal de ojo. *"Uno, dos y tres"* como el paradigma sencillo del conjunto completo, secretamente relacionado con la tríada padre-madre-hijo de tantos rendimientos psicosociales en el siglo XX. Amamos contar, necesitamos contar y, por ello, el mundo de los hombres sería otro mundo si en él no hiciéramos cuentas. Ahora bien, las cuentas tienen significados diferentes dependiendo de qué sea aquello que estemos contando. Y he aquí que llegamos a los niños.

Contar niños. *"José, ¿están todos?" "Espera, mujer, que los cuento"*. Los que somos de familia numerosa hemos oído muchas veces, a punto de salir de viaje, esta conversación entre nuestros padres. Contaban niños para saber si estábamos todos.

Pero, ¿por qué es tan importante que estén todos? ¿Por qué una simple, gélida e impersonal cifra se convertía en la clave para saber que, efectivamente, todos estábamos en el coche? ¿Es que, acaso, tienen que estar todos? No pocas veces alguno de los hijos más osados se atrevía a sugerir, cuando al padre no le salían las cuentas, vámonos sin él, papá, que se quede solo. Nunca ocurría eso y por ello mismo fuimos niños muy afortunados: ni las circunstancias ni nuestros propios padres arruinaron nunca la cuenta de los niños. Contaban, entonces, para saber cuántos niños había y, como resultado, cada niño quedaba singularizado –si no hay siete, pensaría el padre, es que falta uno u otro– y, así, al contar, cada uno quedaba reconocido en su individualidad. ¡Qué extraña fascinación la del número 1, tan querido por la estadística, pues a partir de él medimos desviaciones y aproximaciones, pero también señalamos individuos singulares y separados!

Sin embargo, no todas las consecuencias que los hombres han extraído de contar niños han sido tan afortunadas como las que este servidor tuvo en su infancia. Hay quienes se apuntan a una contabilidad de niños siniestra, en el extremo, y de consecuencias irreparables y discutibles, en la zona intermedia. Un recuento famoso y siniestro en la historia legendaria fue el que hizo Faraón tal como relata la Biblia hebrea. Aquel poderoso varón hizo un censo que le animó a acabar a cuchillo con todos los primogénitos de los esclavos (o *haribu*, i.e. hebreos) pero una niña, siempre siguiendo la mosaica leyenda, se ocupó de que al Faraón no le salieran del todo las cuentas y salvó a su hermano entregándolo a la probable, estadísticamente hablando, muerte en la aguas del Nilo o en la fauces del cocodrilo. La historia que vino después huelga ya relatarla de nuevo.

También en los años setenta del pasado siglo, las preclaras cabezas del Partido Comunista chino hicieron sus cuentas y no les salían: si seguían naciendo niños a un ritmo de tres por mujer, la economía china colapsaría y no sería capaz de dar de comer a toda la población. Todavía se discute el éxito de estas políticas, pero más allá de la eficacia estadística y neomalthusiana, están los asuntos de legitimidad política de tales decisiones y, sobre todo, algunas de las consecuencias que tal política del hijo único (otra vez el uno, otra vez los números, otra vez las cuentas) trajo y ha traído a la sociedad china: envejecimiento de la población, desigualdad entre varones y mujeres, ya que se buscaba el nacimiento de niños varones y no pocas niñas fueron abandonadas, algunas en aquellas habitaciones de la muerte que se convirtieron en un oscuro efecto llamada para la explosión de la adopción internacional en nuestro país. Curioso que la política de hijo único solo se relajaba cuando al matrimonio en cuestión les nacía como primogénito una niña o un "lisiado" (sic.). En ese caso, se dejaba a la pareja lanzarse a la aventura de un segundo hijo que se esperaba varón y fuerte: eugenesia algo chapucera, pero de remembranzas espartanas. Como vemos, cuentas de consecuencias siniestras, como aquella faraónica, o cuentas de consecuencias múltiples y muy discutibles, como las de la China previa a su explosión capitalista.

Así que podemos contar niños para hacerlos invisibles, a veces invisibles hasta la muerte o podemos contar niños, precisamente, para hacerlos visibles, para tenerlos en cuenta, para que no falte ninguno, en definitiva, para protegerlos. Números y cuentas que protegen niños: ¡vivan las matemáticas! Sabemos que una de las tareas más importantes que ha desarrollado UNICEF en el mundo ha sido el de elaborar estudios que cuenten niños, empezando por fomentar el uso de registros de nacimientos que permitan conocer la realidad de la infancia en los distintos países. Y también sabemos que el desarrollo de un país suele correlacionarse con la existencia en él de mecanismos de protección de la infancia que comienzan, siempre, por saber, gracias a las estadísticas, cuántos niños hay, dónde residen, qué hacen con su tiempo, si asisten a la escuela o trabajan, etc. Los niños que no se cuentan acaban por no existir y este simple gesto matemático de contar es una de las maneras más poderosas de comenzar el círculo virtuoso de su protección.

Contamos niños para saber cuántos son, dónde están, con quién viven, qué hacen, cómo enferman o sanan y cuántos mueren sin haber casi hollado la existencia. No solo contamos para saber, como si fuéramos rápidos y eficaces ordenadores solamente interesados por el *BIG DATA*. Contar implica la posibilidad de hacer, es decir, contar niños es, también, un acto político decisivo pues significa que se considera a los niños como seres visibles, susceptibles de derechos, singulares e individuales y necesitados de cuidados y protección.

"Una, dos y... tres". Los puntos suspensivos son el tiempo que tenemos para seguir contando y protegiendo niños.

Jorge Úbeda Gómez
Director de la Fundación Promaestro.
Doctor en Filosofía. Ha escrito La infancia y el filósofo (2012) y Manual para ignorantes (2015)